

cios imaginarios. El hondo respirar de la capital adormilada á sus pies, no conseguía turbarla. Meditaba. Las frases de doña Pepa venían á su mente.—«El ha vuelto, él está aquí».—Y la visión de los amantes que unían sus labios en la calleja enarenada, bajo las ramas, tornaba á ella con porfía, obsesionándola.

II

Antoñita despertó alegre. Un matiz rosado, de adorable frescura, teñía sus mejillas; la risa brotaba de sus labios á borbotones, como al recuerdo de algo placentero. Y un torbellino de palabras, un charloteo continuo hubo de invadir la casa, en cuanto ella salió de la recámara; á tal punto, que los go-

riones que piaban en la azotea, corriendo á saltitos, escapaban azorados hasta posarse en la torre vieja.—Estéfana, que á tal hora volvía de hacer las compras, extrañóse tanto al verla así, que dejando caer la cesta que olía á pan caliente, la interrogó con pertinacia, cual si recelara engañarse y no diese crédito á lo que sus ojos miraban.

¡Nada! ¿Qué se creía la buena Estéfana? ¿Pensaba acaso que su niña iba á permanecer callada siempre? Pero, ¡Virgen María!, ¿quien le había metido tales ideas en los cascos? ¡Ni ella misma lo sabía! Ni el Niño Jesús, ni aquel Niño Jesús regordote y feo del templo cercano, que la buena cocinera tanto temía y ponderaba tanto, era capaz de explicar su júbilo.

—¡Niña! Ni diga usted esas atrocidades... Mire que si el Santo Niño se enoja, se le irá el gozo al pozo...

Y esto lo afirmaba con entonación grave, los ojos puestos en el techo, disimulando á duras penas la carcajada franca que la retorbaba en los adentros, al ver á su ama dichosa. Habituada á la tranquilidad imperturbable de Antoñita, á su discreto mutismo, á su sonrisa más que su risa, era para ella no flaco suceso lo que observaba con el asombro

pintado en el semblante. Seguía de pie, con los brazos caídos, las puatas del rebozo barriendo el suelo, mientras que Autoñita iba y venía, corriendo, atropellándolo todo, y ponía el mantel sobre la mesa, y trasladaba á ésta vasos y platos, tenedores y cuchillos, con estruendo, reidora, cuando la vajilla, bien humilde por cierto, amenazaba romperse.

—¡Estéfana, falta agua en el botellón! ¡Estéfana, aquel salero no tiene sal! ¡Estéfana, la taza de mamá está sucia!

Y la pobre vieja la contemplaba, boquiabierta, aturdida, ignorando cuál de los mandatos debería obedecer primero. La moza, cada vez que por su lado pasaba, acariciábala en el cabello entrecano, sacudía los angulosos hombros, y la daba palmaditas cariñosas en las espaldas, prodigándola mimos que de puro melosos parecían exagerados.

—Lena todavía duerme. ¡La perezosa! Aver, dame el pan... ¿Cuándo pensará levantarse mi hermanita?

—Pues ya tiene para rato,—respondía Estéfana, colocando los bizcochos en su sitio.

—¿Y mamá?

La doméstica se encogió de hombros.—

¡En aquella casa servíase el desayuno á medio día! Al regresar de la tienda encontró á la señora, camino de la Santa Veracruz, dispuesta á oír la misa del P. Morales. Claro que tardaría en volver. ¡Vaya si el padrecito dilataba las misas! Era un horror. Aconsejaba á Autoñita que se abstuviera de poner los pies en la iglesia de marras, y daba pequeños detalles: una vez, en tantico estuvo que no se quemara la leche á consecuencias de su dilación; otra, sufrió terribles retortijones de estómago, por razón de una plática religiosa interminable.

—Eso de las misas largas y los sermones que nunca acaban, bueno estaría para el niño Alberto, que cada semana es más perdido que el demonio,—agregó, señalando con un gesto la puerta baja que se abría más allá de la cocina, en la azotehuela.

Todo su orgullo de sirvienta halagada, de iliota que participaba de las desazones y alegrías de sus amos, que se identificaba con ellos, llegando á ser, al cabo del tiempo, algo así como una venerable parienta, estallaba al pensar en Alberto, el primogénito, el libertino que si en su adolescencia tuvo derecho para explotar el paterno bolsillo, ahora cometía la mayor de las infamias viviendo á

costa de su hermana, de la pobre Antoñita que trabajaba del día á la noche, sin descanso, «como una mártir».—Cuando la rubia oía tales reproches, poníase grave. Consideraba que Alberto, engañando á su familia con un falso talento, siguiendo los cursos de medicina desde hacía años, sin terminarlos nunca, era digno de acres constras; pero sus labios sólo acertaban á hablar de perdón.

¡Qué perdón ni qué calabazas! ¿La parecía razonable que el grandísimo sinvergüenza entrara en casa al amanecer? ¿Era justo que el dinero ganado por ella con el sudor de su frente, fuese tirado á la calle por el grandullón de su hermano?—Y se complacía en dar pormenores acerca de la vida de Alberto: ella misma le había visto apurando copa tras copa en la cantina de á la vuelta, en unión de pícaros de su ralea. Doña Manuela, que se hallaba conceptuada en la vecindad como persona excelente, que se desvivía por las buenas costumbres de los demás, y siempre andaba á caza de bellaquerías, justamente para corregirlas, refería cómo le encontró, riendo á carcajadas, cogido del brazo de una mujerzuela, en pleno Zócalo, un domingo por la tarde.

¿Quería saber más? Allí estaba el caserón entero, que la contaría mil lindezas.—¿Tenía aún fresco en la memoria el recuerdo de aquellas dos coristillas que ocupaban el cinco? Pues bien, Petra, la criada de los Gómez, con los propios ojos que Dios la diera, vió cómo una mañana, tempranito, Don Alberto salía del cuarto de las cómicas, acompañado hasta el umbral por la más joven, una rubia flacucha, que, en camisa, lanzaba rizotadas, chillidos de gata en celo, al notar que el honradísimo hijo de doña Pepa, hundía el brazo hasta el codo en el escote, y tiraba del camisón hasta dejarla.... ¡Jesús, qué atrocidades se ven en el mundo!

¡Y no intentó, meses atrás, seducir á la misma Petra! ¡A Petra! una marisavidilla ligera de cascos!—¿Y qué más? ¡Ni las viejas escapaban á sus atrocidades! La portera, una chocha que podía ser su abuela, fué requerida de amores por él.

Antoñita escuchaba con los ojos bajos. Instintivamente experimentaba honda repugnancia hacia el chismorreo de la vecindad, hacia el cúmulo de soeces aventuras que Estéfana, con ser tan buena, guardaba en los labios, pronta á dispararlas, aumentadas y corregidas. Comprendía que Alberto era

calaverón; convencida estaba de la verdad de su existencia erapulosa; mas, con ternura de virgen, procuraba echar un velo piadoso sobre el fango en que él se anegaba. Su boquita pálida tenía una sonrisa de misericordia para cada falta, y sus ojos una lágrima que á manera de rocío purificaba el ambiente de aquel pantano.

—¡Es un mal hombre! Y tú una santa que morirá sin recompensa....

Antofilita, pensativa, con la frente baja, jugueteaba nerviosa, haciendo chocar, contra uno de los platos, la taza que tenía en la mano.

—Ya ves,—murmuró, cuando Estéfana hubo terminado;—me robaste mi alegría de esta mañana....

Alzó la maritornes la angulosa testa; en sus grises pupilas, bajo las cejas de rudeza hombruna, fulguró una mirada de perro fiel. Aproximóse á ella, y cogiendo la manecita fina, que se colaba al sentir la opresión de los ásperos dedos, la dijo quedo, dulcificando su tono habitual:

—Si te lo digo por tu bien... Veo lo que aquí pasa y me enojo.... Pero, no te aflijas, que todos los males tienen remedio... Ahora, si quieres, me callaré....

La halagaba, acariciando el rubio pelo que resplandecía á la clara luz matinal que entraba por la puerta abierta; tocando apenas las mejillas de palidez sonrosada de pétalo.

—Mi niña, mi pobre y buena niña....

Y como á chiquilla, la prometía golosinas para que diese de mano á la morriña; dulces buenos que vislumbraba en los escapates.—Antofilita, entregada al pesar momentáneo, sonreía á cada nuevo halago. Un arrebol de dicha destellaba en su rostro, que aparecía más bello con la albura de los dientes, que asomaban entre el leve carmín de los labios, con el júbilo de los ojos profundos, con el oro suave de los cabellos mal peinados, que se esparramaban en mechones sobre la frente.

—¿No se levantará la chiquilla? ¡Es tan tarde! Vé á despertarla,—dijo á Estéfana.

Una carcajada estalló detrás de la puerta, y la chiquilla en persona entró en el comedor de un salto, con susurro de faldas recién planchadas.

—¿Estabas allí?—preguntó la mayor, besándola.

No era capaz de evitar que la invadiese pueril temor, cuando se figuraba que Lena

podía enterarse de los chismes de la fregona. Contemplábala tan pura, con su redonda cara morena, sus vivos ojos de niña, que procuró siempre mantenerla en relativa inocencia, impidiendo que conociera la podre de su clase, el lodo amontonado en derredor, que adivinaba, más bien que veía. Adoraba á aquella moza de diecisiete años, tan robusta y exuberante, que representaba veinte. Tenía para ella ternuras maternales, complacencias de abuela hacia nietecilla caprichosa. Desvivíase por saciar sus deseos, sus antojos todos; y cuando Lena incurría en falta, la amenazaba con el dedo, como á pequeña, diciéndola que si no era buena no tendría la blusa ansiada, el sombrero nuevo que iba á comprarla, ó el cinturón con hebilla que la prometiera. Y Lena la besaba fuertemente, semejante á jovencito vigoroso, ofreciendo que no la enfadaría en adelante, que sería formal como una señorita. Entretanto, la fingida mirada severa de Antofñita, transformábase en caricia.

—Si, preciosa, no seas traviesa, quiéreme mucho, como te quiero yo, y bésame, así, así.....

Y la sentaba sobre sus piernas, juntando su cara con la de ella, envolviéndola en un

abrazo. La chiquilla murmuraba frases de niño consentido, haciendo mohines, torciendo el hociquito de modo tan gracioso, que la costurera se hacía la ilusión de tener en sus rodillas á una hija.

Las Gómez, cuando lograban sorprender un instante de ternura de las dos hermanas, reían burlonas. Realmente, era demasiado afecto el de Antofñita; un cariño exagerado. Ellas no conocían otro igual. Por eso, al verlas salir de paseo, los domingos: Lena muy peripuesta, elegantísima, cual damita aristócrata; la otra ataviada con modestia, con un vestido de buen gusto, pero pobre, decían que la mojigata de la chiquilla era una tirana que mataba á fuerza de hambre á los suyos, con el fin de gastar buenas prendas.

Muchos había que juraban que Antofñita era la más joven. ¿En efecto, cómo creer que ésta, tan desmedrada y tímida, contaba tres años más que aquella? ¡Diantre, lo de la *chiquilla* era una ironía! Como que Antofñita inspiraba sólo una inclinación meramente casta, y el Benjamín de la familia,—de alguna manera habían de llamarla,—atraía con la voluptuosidad de sus andares.

Era regular de estatura, morena, de gran-

des ojos color de avellana. Su cara, un tanto ancha, adquiría una expresión de altivez bajo los cabellos negros, que caían en dos ondas abundosas sobre las sienes, cubriendo las orejas. Su boca de gruesos labios, contraíase á menudo, incitante, como si guardara el secreto de un deleite. Vagaba por sus pupilas una mirada de granujilla, mirada engañadora de picardía y de candor. Y poseía su cuerpo las curvaturas sensuales de los cuerpos ávidos de placer: las caderas, amplias, estallaban en una florescencia de juventud bajo las enaguas; el busto, de pechos mórbidos, se erguía desbordante, pleno de savia. Triunfaba con el ritmo ondulante de su paso, con el gesto pillo de su rostro.

Mirábala Antoñita extasiada, con la ternura suma de las madres que sueñan con el porvenir dichoso de sus hijas. En aquella familia, de la cual la modistilla era la sostenedora única, Lena constituía esperanza, flor pronta á abrirse. Años antes, cuando don Juan Fernández entregó su alma á Dios, dejando por herencia á doña Pepa un tenducho comido por las deudas, y tres hijos: el mayor, estudiante de primer año en la Escuela de Medicina, la pequeña, inútil

entonces para cualquier labor, y la otra, palliducha y enfermiza, nadie dijera que tales gentes se sostendrían á flote, contra viento y marea, gracias al empeño de aquella rubita, que se sacrificó en aras del bienestar de la casa, transformándose en hada protectora. Hoy, el más excéptico sonreía al verla con la chiquilla en las piernas, ensoñando con una felicidad peregrina para la hermanita, con una dicha que para ella nunca imaginó. Y al par que Antoñita, doña Pepa adoraba á Lena, llegando su cariño á la sumisión: cuando ésta lloraba ó imponía su voluntad con ademanes de persona entrada en lustras, la devota bajaba la frente. Imposible creía no transigir con la niña. ¡Cómo no ser débil con la más chical! Tal razón era la que exponía, con acopio de deducciones, siempre que la acusaban de flaqueza. Ciertamente que Antoñita era más buena y más blanca de alma que los manteles del altar; pero podía vivir ya por sí sola, merced al conocimiento que de la vida tenía; mientras que la pequeña era una inocente de Dios que todo lo ignoraba, mereciendo, tanto como el afecto, un poquitín de compasión maternal más que la otra.

Hasta Alberto, el zángano de veinticuatro años,
LA CHIQUILLA.—6.

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
C.A. 1925 BROTHERLY MUSEUM

33413

tro años, hurafiote y desamorado de los suyos, que jamás entraba en la vivienda si no á comer ó reparar los molimientos inherentes á libidinosa existencia, parecía sugestionado por Lena. Le encantaba aquel diablillo que, al revés de Antoñita,—que para él sólo tenía la triste mirada de reproche,—se encaramaba en sus espaldas, con las gruesas pantorrillas al aire, el pecho convulsionado por la risa, cuando por mera casualidad tornaba él temprano á casa, agotado, exhausto de vigor, después de semanas de crápula.

—¡Serás una gran mujer, conejita mía!—exclamaba.—Necesitas un buen marido que te dé gusto....

A ella no le agradaba mucho el mote, justamente porque lo había visto en una novela de Paul de Kock, que leyó á escondidas. Lo de conejita la parecía ordinario y corriente. Mas el doctor en ciernes se moría de júbilo al hacerla rabiar, repitiendo que juzgaba de todo punto preciso que el casorio fuese con uno que la diera gusto.

Lena, á veces, le interrogaba con malicia acerca de los maridos:—¿Cuáles daban gusto y cuáles no?

Alberto contentábase con insinuar la cuestión matrimonial, murmurando quedamente que si quería saberlo se deslizara en la alcoba de Juanita López, una recién casada, que ocupaba la vivienda principal. ¡Grandes cosas se verían allí, á eso de la media noche!—Y Lena reía con risita picaresca, fijando sus grandes ojos en los enrojecidos del primogénito; asegurándole que no entendía, que se explicara con claridad.

Recelo inquieto embargaba á Antoñita al observar á su hermana hablando en secreto con el estudiante. Pensaba que el tal, corrompido por años de libertinaje, era capaz de difundir el mal aún en el propio hogar. Y ya que no impedir las conversaciones entrambos, porque esto lo consideraba imposible, procuró, por cuantos medios tuvo á su alcance, que Lena ignorase toda suerte de detalles sobre la vida de Alberto.

Cuando la vió plantarse en mitad del comedor, con ligereza de gacela, la interrogó con insistencia, preguntándola si había escuchado.

—No, no, te digo que no... Pero, oye, ¿acaso se trataba de algo reservado? A ver, dímelo, dímelo....

Y rodeaba el cuello de la moza con sus

brazos morenos, besándola en la barba, en la nuca donde se agitaban rictos rubios.

—Dímelo, dímelo,—repetía;—quiero saberlo....

Estremecíase de placer al reiterar sus ruegos. Lo sabía todo, conocía al dedillo las aventuras de Alberto; no le eran extraños sus lances en la vecindad y en la calle. Sólo que ahora hubo de aumentar su caudal con nuevas noticias: oyó distintamente las cuestiones de Estéfana, mientras se vestía allí, en el mero mismo de la puerta, tras de los cerrados maderos.

—Anda, no seas mala....¿Qué era eso, eh?

La cocinera, que desde momentos antes se frotaba las manos en el delantal, señal irrecusable de enojo en ella, dijo:

—¡Válgame! ¡Por Nuestra Señora de los Remedios, qué curiosa es usted! Déjese de argüendes y de vidas ajenas, que no cuadran con las niñas de su edad....

—¿Y á tí que te importa?

—Mírala, Antoñita. Se propone sacarme de mis casillas, burlándose de mí, como si yo no tuviera canas....

—¿Y qué? ¡Ojalá que no las tuvieras! Serías menos fea.

Seculares eran las reyertas entre mocosa y fregona. Esta, con su espíritu de dominación adquirido en luengos años de vasallaje doméstico, pretendía corregir á aquella, la cual se rebelaba, no desperdiciando ocasión de herir.

—Aunque rabies, Antoñita me lo dirá.—Y luego, volviéndose á su hermana, con felina zalamería, musitaba:—¿Verdad que me lo dirás, madrecita?

—Si no vale la pena... Insignificancias... ¡Asómbrate, ya se me olvidaron!

Y como la chiquilla hiciera un mohín de disgusto, Antoñita preguntó á Estéfana:

—¿De qué hablábamos, te acuerdas? Díselo tú....

—Que mi abuela lo sepa,—gruñó la vieja, encaminándose á la cocina, con chancleteo furioso.

Una oleada de luz suave penetró en la pieza. Doña Pepa, rosario en mano, con el chal prendido en el moño, entró de pronto. Venía sofocada; estremecíase de fatiga su cuerpecillo endeble, á causa de la ascensión por la angosta escalera; sus ojos pequeños, grises, animados de rara brillantez, parecían decir algo que á pronunciar se negaban los labios. Despeinada, con el sencillísimo vest

tido negro cubierto de polvo, aspiró grandes bocanadas de aire, en tanto que su nariz roma se dilataba; luego, arrojó el chal sobre la silla más próxima, así como el breviario de mugrosos cantos, sentándose en seguida. Las dos muchachas la miraban, azoradas de tal desasociado en persona por temperamento apacible.

—Lo que te dije, Antoñita, lo que te dije...—articuló al fin, mirando á la moza con maliciosos ojuelos.—Pero, ¿no lo sabes ya?....

Titubeó la chica, barruntando, sin embargo, para sus adentros, de lo que se trataba.

—¿No? ¡Si no hay gato en la casa que no lo sepa!.... Arsenio Urizar anda como unas pascuas; doña Manuela se lo cuenta al que quiera oírla.....

Estéfana se precipitó desde la cocina, con soplador y todo, ávida de gulumear. Iba de por medio su honor de doméstica que está enterada de cuanto pasa en la vecindad. Mas no interrogó; limitóse á ponerse en jarras y esperar pacientemente á que su ama despegase los labios.

—¿Ves cómo fué verdad? Eugenio ha vuelto; ayer mismo alquiló el cuarto del rincón.

Antoñita, que por un instante permaneciera muda, palideció levemente, enrojándose después. Había alzado el rostro: los mechones rubios invadían su frente; sus manos nerviosas é inquietas, se juntaban; y en sus pupilas advertíase dulce júbilo.—Apenas pudo decir palabra; el acento de su voz era vago y trémulo; su carita despojada de la habitual tristeza, sonreía confusa á las risas, á los plácidos gestos, á los chillidos de Lena, que, semejante á una peonza, danzaba en torno de ella.—«Ya lo sabía, mamá,»—pensó, sin osar revelarlo, recordando con ternura el ensueño de la noche anterior, su presentimiento, su esperanza, la esperanza por tanto tiempo acariciada en lo íntimo del alma, en los días tristes ó dulce-amargos de su vida oscura. Y la certeza del retorno de él, la inspiraba la alegría callada, el amor al cielo, á las flores, á la casa, á la gente, á la existencia que palpitaba en derredor, eternamente renovada, eternamente joven. Y Estéfana la observaba, dichosa. ¡Qué gusto sentía viendo á la niña contenta! ¡Si, que riera, por María Santísima, que riera como los niños ríen, mostrando los dientecillos blancos! Y su predilección por Antoñita deborábase en un charloteo francote y cariñoso.

—Ahora no se te va de entre las manos,— declaraba Lena, ebria de gozo.—Gran pillo sería el tal Linares si se largara de nuevo.

A lo que la maritornes asentía con vivos movimientos de cabeza, sin percatarse de que doña Pepa imploraba, repitiendo:

—Estéfana, el desayuno... El desayuno, Estéfana... ¡Por Dios, que me muero de hambre!

Sentados ya á la mesa: doña Pepa en el centro, y á sus lados los lozanos retoños, aquella devoró desde luego un bizcocho. Después, entre sorbo y sorbo de café, con la boca llena, mascullando las frases al propio tiempo que el pan, contó detalles conmovedores acerca de Eugenio Linares. Recordó la partida de éste, hacía seis meses, cuando, interrumpiendo sus estudios, enderezó los pasos hacia el pueblo natal, un polvoso lugar de Jalisco donde su madre agonizaba, consumida por una enfermedad del estómago, que, lentamente, había minado su existencia hasta conducirla al lecho de muerte en que el pobre muchacho la encontró, exangüe, y en donde lanzó el último suspiro, tres días más tarde, en brazos del hijo torturado por el sufrimiento. Era aquel el único sér que á Linares restaba en el mundo;

y al verse solo, abandonado á su tristeza, en la habitación pálidamente alumbrada por los cirios, decidió huir del pueblo, esconderse en una ciudad lejana. Le hostigaban las miradas de los parientes, que, convencidos de su pobreza, apenas si le dirigieron un saludo cuando le veían bajar por la empinada cuesta que al cementerio conducía. Y con los restos del mermado patrimonio en el bolsillo, repleta de ilusiones para el porvenir el alma, tornaba á México, á su antiguo cuartito de estudiante.

Tal relato, que más tenía de imaginario que de real en sus sentimentales peripecias, apasionó al caserón entero. Hasta las Gómez, tan díscolas y habladoras, como jamonas que maldicen su sino, entristeciéronse al saber cuál había sido la suerte del mozo, riante antaño, que ahora volvía, con huellas frescas de dolor en el rostro.

Y en tanto que doña Pepa refería los hechos con voz monótona, el sol se colaba por la puerta.—Fué una invasión lenta, una conquista callada: después de haber dorado el suelo, deslumbrando al gato blanco, de redondos ojos verdes, que se desperezaba, tendiendo las finas garras, ascendió á la mesa, haciendo resaltar la nitidez del mantel, y